

# La reevangelización de Europa y la Escuela cristiana

P. MAYMÍ

El Comité Europeo para la Educación Católica (CEEC), fundado en 1974, acaba de celebrar en Fátima (31 de octubre a 3 de noviembre) su Congreso anual sobre el siguiente tema: «La nueva evangelización interpela a la escuela católica».

Dada la enfermedad de Mons. A. Daelemans, Presidente, la presidencia del Congreso ha corrido a cargo de los vicepresidentes, especialmente el P. Santiago Martín, Secretario de la FERE, quien en la sesión de apertura expuso con claridad y relieve la importancia del tema, dadas las circunstancias religiosas que estamos atravesando en Europa. Hoy día la escuela católica tiene que ser mucho más misionera. La reevangelización es un desafío para toda la Iglesia.

El Congreso se ha organizado en torno a cuatro conferencias y cinco grupos de trabajo.

1. En la primera conferencia, el Sr. Rainer ILGNER, de Bonn, ha relacionado *pluralismo y escuela católica*.

La diversidad de ideas, instituciones y tensiones no es algo nuevo en la historia. Lo nuevo es la quiebra de la unidad básica; la diversidad en los mismos criterios y concepciones (pluralismo religioso, político, etc.).

El pluralismo es positivo: es un presupuesto necesario para la libertad

y la justicia en la sociedad moderna. Los diversos sistemas de valores, las diferentes concepciones son equiparados ante la ley, puesto que no existe ningún criterio supremo que justifique primacías. El pluralismo es regulado por la coexistencia y la oposición. Se supone que será enriquecedor y que terminará con el predominio de los elementos mejores.

El pluralismo presupone una base ética; especialmente el respeto a la dignidad de los demás, que se concreta en la tolerancia. En política el pluralismo sólo es posible si partimos de un consenso suficiente sobre unos cuantos valores fundamentales: los derechos del hombre (libertad, igualdad ante la ley, división de poderes...). Estos valores obligan a toda comunidad, pero sólo en cuanto políticos (en sus justificaciones y concrecciones ya no hay consenso).

El pluralismo tiene de hecho sus fallos: marginación de los débiles y prepotencia de algunos grupos (burocracia, monopolios, etc.). Se ha dicho también que el pluralismo lleva al relativismo, en detrimento del consenso fundamental previo y de la identificación con la colectividad (primacía de lo centrífugo sobre lo centrípeto). Pero esto ¿es propio de todo pluralismo o es más bien consecuencia de la cultura actual, una cultura vaga y sincretista, de la que cada cual toma y deja lo que le place (más que multiplicidad viva, algo amorfo; más que polifonía, ruidos sin personalidad)?

Hasta el Vaticano II la Iglesia se ha opuesto a la libertad de conciencia, de prensa y de religión...

La *Gadiumm et spes* acepta el pluralismo de la sociedad moderna, pero denuncia el peligro al relativismo.

La Iglesia tiene en sí misma el problema de la unidad fundamental y de la multiplicidad legítima; pero aquí la solución no puede depender solamente del consenso, puesto que tenemos el criterio supremo de la revelación.

En lo relativo a la escuela, hoy la Iglesia valora positivamente la existencia de la enseñanza estatal y afirma, al mismo tiempo, la aportación propia de la escuela cristiana; su calidad pedagógica y, sobre todo, el proporcionar a la sociedad un modelo nuevo de educación (al paso que ofrece a la Iglesia una plataforma incomparable para su presencia en la sociedad). Por desgracia la mayoría de los Estados obligan a la escuela cristiana a ser algo demasiado parecido a la escuela pública, en vez de permitir un pluralismo más enriquecedor.

El pluralismo existe también dentro de la misma escuela cristiana. Pero ésta debe salvaguardar a toda costa una base amplia de homogeneidad interna; sólo así se logrará una identidad clara, que le permita ser sal de la tierra y luz del mundo. Es lástima que estos temas no

se traten más a menudo en las escuelas. Por supuesto la solución no está en el ghetto. Pero tampoco en la abstención; si no orientamos nosotros a nuestro muchachos, otros lo harán inevitablemente (la publicidad, cierto tipo de cultura, los mass media...). La libertad no se tiene; hay que irla conquistando y ejerciendo. Con un agravante muy serio: en la posmodernidad hemos perdido el consenso sobre la educación; a menudo la escuela, la familia, la cultura y la sociedad se neutralizan e incluso se contradicen. Urge, pues, una concordancia básica entre la institución, los educadores y la familia.

2. La segunda conferencia, de la señora Edith DUPRE-CARDOEN, de la Universidad de Lovaina, se centró en la *educación en los valores humanos y cristianos*, especialmente en el valor de la *interioridad*.

Actualmente la interioridad resulta más o menos sospechosa, debido sobre todo a sus deformaciones: mero cultivo del yo, huida de la realidad, etc.

Pero la interioridad verdadera es el lugar del encuentro con Dios, como ya dijo San Agustín; aunque por supuesto no se trata de repetir la historia sino de encontrar nuestra respuesta en medio de un mundo que prescindir de Dios y que absolutiza al hombre; un hombre pragmático, dominador y cosificante.

Dentro de lo útil la religión no tiene cabida (como tampoco la tienen la belleza y el amor). Con el fin de facilitar la fe, es muy importante que la educación desvele dimensiones más profundas. ¿Cómo? Cultivando la admiración (en todas sus formas: belleza, arte, misterio...), la gratitud, el respeto y el silencio. Así la vida se carga de sentido y de trascendencia, en vez de limitarse a funcionar.

3. Monseñor J. B. NIËNHAUS, obispo auxiliar de Utrecht, desarrolló la tercera conferencia, sobre *cómo ayudar a los jóvenes a vivir la fe*.

La juventud europea actual es menos discordante, menos revolucionaria que antes (discrepa algo más en lo relativo a la sexualidad y a la religión). Es más realista en la aceptación de su posición en la familia y en la sociedad. Se centra sobre todo en la amistad, el deporte, el grupo, la cohabitación, las satisfacciones. Es pragmática e individualista. Muchos creen que la religión es inútil.

Desde el punto de vista de la educación, lo más constructivo es intentar adivinar el sentido positivo de sus mismas limitaciones. Por ejemplo:

- El pragmatismo juvenil, su rechazo de las teorías puede conectar con la dimensión práctica del evangelio: Jesús no nos ofrece una filosofía universal; nos dice sencillamente qué hay que hacer para lograr la vida eterna.

- El egocentrismo de los jóvenes puede ser el resultado de su impotencia por cambiar la sociedad, y de su desencanto ante la falta de reconocimiento personal y de participación. Conviene, pues, insistir en la invitación personal que hay en el evangelio; recalcar la dignidad de cada persona y su responsabilidad individual.
- La vida de grupo es algo capital para el joven; le permite superar la soledad de muchas relaciones burocráticas (escuela, trabajo...) y la soledad de muchas familias demasiado pequeñas o incompletas. Los jóvenes de hoy ¿encuentran en la Iglesia verdaderas comunidades, ámbitos de alegría, entusiasmo, seguridad, consuelo y ternura...?
- Los jóvenes quieren disfrutar; así reaccionan contra la mera rentabilidad y contra la competitividad. La religión coincide con el amor, la música, el arte, la danza y el juego, en que no sirve para otra cosa, tiene en sí misma su propio sentido.

Frente a esta problemática juvenil, las posibilidades de la escuela cristiana son limitadas; su acción está condicionada por la familia, la parroquia y la sociedad. A pesar de todo, la escuela tiene que ayudar a los alumnos a descubrir un modo de vida que valga la pena. Para lograrlo:

- la escuela tiene que ser una comunidad verdadera, en cuyo seno cada cual pueda hallar su realización: respecto de la individualidad de cada uno, en medio de relaciones verdaderamente personales;
- la escuela tiene que despertar el interés no sólo por lo útil sino también por otras dimensiones más profunda: admiración, misterio, receptividad, silencio... en vez de querer explicarlo todo;
- la misma catequesis tiene que rebasar los saberes; también es iniciación y modo de vida; y esto supone audacia y confianza.

4. Monseñor Antonio MARCELINO, obispo auxiliar de Aveiro, habló de *la comunidad escolar*, teniendo muy presentes dos documentos fundamentales en esta materia, «La Escuela católica» y «El laico católico, testigo de la fe en la escuela».

La escuela cristiana tiene que ir logrando la síntesis entre fe y vida y entre fe y cultura.

Para ello son decisivos el clima general de la escuela y la calidad real de la comunidad educativa. Normalmente ésta tendría que desembocar en una comunidad de fe.

Por desgracia muchos cristianos no han llegado a una verdadera conversión: vivir la propia fe de modo consciente, gozoso y comprometido con el mundo.

Por supuesto el contexto social no es nada favorable; y el familiar tampoco, muchas veces.

Por otra parte, una comunidad humana no se construye por real decreto, sino día a día, mediante el esfuerzo de todos, en torno a unos objetivos comunes, expresados de mil maneras, sin olvidar, claro está, la catequesis, las celebraciones de la fe, el compartir (incluso en los bienes temporales).

Se trata de un camino largo. Nos queda mucho por recorrer.

\* \* \*

Los *grupos de trabajo* han versado sobre estos cinco núcleos: 1. Las relaciones escuela-familia. 2. Las repercusiones éticas de las nuevas tecnologías. 3. La formación de los maestros en cuanto a educadores cristianos. 4. La participación de los padres en la educación de la fe. 5. Los jóvenes.

En cada grupo ha habido una amplia introducción inicial de media hora. Luego se ha intentado ir llegando a orientaciones prácticas, cosa no siempre fácil, dada la diversidad de perspectivas y de circunstancias. Al final, la puesta en común ha enriquecido a todos. Se ha insistido, por ejemplo, en puntos como los siguientes:

Los padres son los primeros educadores (la escuela no debe ni puede reemplazarlos). Importancia de las asociaciones de padres. La escuela puede aportar mucho a los padres; pero también éstos pueden enriquecer mucho la escuela. Sin embargo hay escuelas reticentes ante la colaboración de los padres: se los tolera o se les pide demasiado poco. Tiene que haber más confianza, diálogo y colaboración. Sin los padres la escuela verdaderamente cristiana es imposible.

La escuela tiene que decir claramente cuál es su «color». Y los educadores, corazón de la escuela, tienen que educar con gusto; tienen que ser ricos en interioridad y espiritualidad. El proyecto educativo no tiene que ser un tope sino un estímulo.

Las nuevas tecnologías deben empujarnos a un conocimiento más profundo del hombre. Tienen que llevarnos a hacernos preguntas sobre el sentido de las cosas y de la vida. En general, la escuela desconoce los problemas planteados por estas tecnologías. Y los educadores tienen que aclararse ellos mismos, en coherencia con su fe.

En nuestras escuelas faltan profesores que quieran ser también y sobre todo educadores cristianos. Muchos consideran la fe como algo meramente privado. Es un problema difícil. Abundan las preguntas y escasean las soluciones o respuestas. Algunas congregaciones y diócesis han emprendido un trabajo muy bien organizado y francamente espe-

ranzador con el fin de dar a los profesores que lo deseen una sólida profundización educativa y cristiana.

En el Congreso han estado representados nueve países, además de algunos organismos internacionales (Asociación de Padres, Asociación de Antiguos Alumnos, Enseñanza Católica...). Total, 132 congresistas, de los cuales 15 de España, bajo la organización de la FERE. Es también interesante destacar que se ha fomentado la asistencia de unos cuantos jóvenes de diversas nacionalidades.

Dentro de sus inevitables limitaciones (gran diversidad de situaciones, amplitud de los temas...), el Congreso ha sido enriquecedor acerca de un tema de gran actualidad e importancia.

El clima y la organización han sido francamente excelentes en todos los sentidos, como es habitual en estos congresos.